

Recordar, compartir, aprender

## Santa Cruz de Tenerife

M<sup>a</sup> Carmen Lugo Mira, 78 años

Antonio José Hernández, 19 años

### MÁS ALLÁ DE LOS LAZOS DE SANGRE

*Y estaba allí, sentada, acariciada por el viento como hoja en su perecer otoñal. Nada ni nadie podía descifrar el enigma que la rodeaba, pues sólo ella conocía su secreto, más yo estaba dispuesto a cumplir mi objetivo: plasmar su vida en unas líneas.*

Sus grandes ojos, su bella sonrisa, su blanca piel y sus finos cabellos dejaban divisar el semblante de una mujer majestuosa. Pero sólo era eso lo apreciable a simple vista. Aún quedaba mucho por conocer acerca de ella, aún quedaba mucho que mostrar, aún quedaban horas y horas de conversaciones, aún quedaban experiencias y vivencias que compartir. Y todo, porque aún le quedaba una historia que contar.

Historia que se remonta a su infancia. Una infancia que quedó marcada trágicamente por la muerte de su madre. Una muerte, que más allá de constituir la pérdida de un ser querido, determinó la vida de nuestra protagonista. Sin su madre, M<sup>a</sup> Carmen quedó esperando un abrazo que nunca llegó, sus vivencias quedaron sin confesora, su vida quedó vacía. A pesar de ello, nuestra protagonista nunca perdió la esperanza de encontrar ese cariño materno y siempre soñó -haciendo uso de su gran imaginación- con conocer a ese ser que todos tanto queremos: a su abuelita. Una abuelita que le ofreciese ese amor que ella tanto necesitaba y tanto merecía.

Pero permítanme advertirles que la vida es caprichosa y que, a veces, no actúa tal y como debiera hacerlo. Y es que esa abuelita que M<sup>a</sup> Carmen tanto idealizó, se derrumbó cual torre de papel al ser descubierta, al desvelarse su falta de amor, al darse cuenta nuestra protagonista que no merecía su cariño.

Para M<sup>a</sup> Carmen ello no supuso ningún problema. Y es que nuestra protagonista tiene bien claro que no tenemos por qué empeñarnos en darle mayor importancia a los lazos de sangre cuando, en realidad, no constituyen más que eso. Y eso fue lo que hizo. Dejó a un lado los lazos de sangre y buscó otros lazos mejores: los lazos del cariño y de la admiración.

Y como ya bien habíamos dicho que la vida es caprichosa, también debemos señalar que no todos los caprichos son perjudiciales. Y exactamente eso le ocurrió a la protagonista. El azar de la vida la colocó en el lugar oportuno, en el momento oportuno y con las personas oportunas. La decisión de su padre de vivir en aquella casa trajo nuevos aires a la vida de M<sup>a</sup> Carmen.

Nuevos aires que llegaron de la mano de sus vecinas. Unas vecinas que M<sup>a</sup> Carmen convirtió en parte de su familia, de esa familia que ella estaba decidida a crear. Así, doña Lola y las dos hijas que vivían con ella se convirtieron en compañeras, confesoras, cómplices, amigas, ... en seres dignos de ocupar un huequito en su corazón.

Corazón de nuestra protagonista que encontró lo que andaba buscando: cariño. Poco a poco, M<sup>a</sup> Carmen comenzó a visitar a menudo a esas señoras que vivían a su lado, y paso a paso, fue creando con ellas un clima de serenidad y armonía digno de la danza más mística.

Doña Lola se convirtió en la abuela soñada. Pero, ¿por qué hablar de sueños cuándo aquello era una realidad? Una realidad que se podía palpar, tal y como lo hacía M<sup>a</sup> Carmen cuando agarraba las manos grandes y huesudas de su abuelita Lola.

Tardes y tardes compartieron juntas. La abuelita se convirtió en su máxima oyente, y M<sup>a</sup> Carmen contaba con pelos y señales todo lo que la ocurría en su día a día. La abuelita escuchaba atenta todas las intrépidas hazañas de M<sup>a</sup> Carmen, mientras la destiladera que tenían en la casa se encargaba de volver pura el agua que más tarde ambas beberían juntas.

Recordar, compartir, aprender

Y es que la abuelita Lola, a pesar de ser una persona bastante mayor, poseía una fuerza, un diálogo y una memoria digna de una persona joven. Siempre intentaba hacer algo, pero lo que más le gustaba a las dos era llenar con ricas frutas las cestitas preparadas para ello. Ellas disfrutaban juntas de todo lo que les sucedía, se convertían en un solo ser.

Sin quererlo, se había creado entre ellas algo mucho más fuerte que cualquier lazo de sangre: se había formado un cariño tan especial que ni la tijera más vigorosa del mundo era capaz de cortar. Tijeras que la abuelita utilizó una vez para hacer una muñequita a una bisnieta que había tenido. M<sup>a</sup> Carmen entristeció pensando en la posibilidad de que ese regalo nunca sería para ella, pero demostrando una vez más la majestuosidad de su ser, se dio cuenta de que aquello no importaba. No importaba porque su bisnieta tendría una muñeca de su bisabuela, pero ella la tenía allí, tenía a la abuelita Lola para que le diese un gran abrazo, para sentarse a escuchar música juntas, para pasarse horas y horas hablando.

Horas y horas que empezaron a sumarse unas con otras e hicieron que el tiempo pasase. M<sup>a</sup> Carmen comenzó a adquirir responsabilidades y sus visitas a la casa de su abuelita Lola se redujeron a los domingos, día en el que contaba a ella y sus hijas todo lo que le había acontecido a lo largo de la semana. Además, M<sup>a</sup> Carmen aprovechaba ese día para leer alguno de los libros que había en casa de su abuelita querida.

Y entre libro y libro, entre lectura y lectura, el tiempo siguió pasando. Ese tiempo impetuoso que no deja nada sin su huella, pero que siempre mantuvo ese cariño entre la abuelita Lola y nuestra protagonista. Un tiempo que transformó a M<sup>a</sup> Carmen en mujer. Pero más que en mujer, la vida la acabó convirtiendo en madre. Fue entonces cuando se dio cuenta de todo lo que le había ofrecido su abuelita Lola, quien falleció tres meses después de que se convirtiera en madre.

Y es que quizás el capricho de la vida estuvo esperando a que M<sup>a</sup> Carmen tuviese a un primer hijo al que brindarle ese cariño que la abuelita Lola le había dado. Quizás....

## **LO IMPORTANTE DE LA VIDA**

Una sonrisa, un abrazo, un gesto de amabilidad, unos segundos de atención, unos minutos de conversación, el interés por formarse, la capacidad de ser autónomos, el respeto, la tolerancia, la solidaridad, el intento por entender a los demás, la libertad, el amor, el cariño, la amistad y otros muchos elementos constituyen la vida para nuestra protagonista.

Pero más que todo ello, el único modo de alcanzar la felicidad personal es mantenerse seguro de las convicciones personales de cada uno respetando el modo de concebir la vida de los demás. Debemos apostar siempre por nuestros ideales y no tirar nunca la toalla en la búsqueda de aquello que consideremos cierto. Ello requiere todo un esfuerzo por mantenernos en el lugar apropiado en el momento adecuado.

Si a eso le sumamos un intento de crear lazos emotivos con personas que tengamos a nuestro alrededor y que nos consigan apreciar, estaremos logrando grandes metas en la vida. Debemos valorar los sentimientos de las personas y ser capaces de devolver lo que nos entregan, olvidándonos de los malos sentimientos aunque sin dejar que nos humillen o hagan daño.

Los buenos sentimientos, las buenas intenciones, las buenas maneras de ser, pensar y actuar son los que diferencian a las personas valiosas del resto de la sociedad. La vida se basa en ello: en sobrevivir intentando pasar el tiempo del que disponemos sobre la tierra del modo más agradable posible. Es así como conseguiremos alcanzar la felicidad que todos deseamos.